

# Deber y condiciones de eficacia

Tercera parte

Instrumentos y métodos

Capítulo VIII

*Soluciones de fuerzas y organizaciones secretas*

por

JEAN OUSSET

## DEBER Y CONDICIONES DE EFICACIA

### CAPÍTULO VIII.

#### SOLUCIONES DE FUERZAS Y ORGANIZACIONES SECRETAS

Contrariamente a lo que se podría imaginar, los militares o antiguos combatientes no son los que indefectiblemente prefieren estas fórmulas. En cambio, seducen a la entusiasta generosidad de la juventud. Seducen más aún a una cierta categoría de doctrinarios puros, de intelectuales y de eruditos.

Seducen, en una palabra, a todos aquellos que por su edad, sus condiciones artificiales de vida, la elevación habitual de sus gestiones, tienden a ignorar, poco o mucho, la "humilde y social condición". Porque a los ojos de esta forma de ignorancia todo es sencillo en efecto, ya que en cuanto resulte que las cosas no marchan debidamente por culpa de un cierto número de secretarios, se impone una solución: tomar a esas gentes por el cuello y arrojarlas fuera (o "dentro") para impedir que molesten.

La extrema ingenuidad de esa fórmula corresponde a la simplicidad de las concepciones que sus partidarios se hacen de las cuestiones sociales o políticas.

Estamos pensando en tales clérigos, en tales religiosos casi celestes; en tales profesores encaramados, durante todo el año, en las más altas cumbres. Normalmente, el detalle de los problemas de la acción les parece indigno de las cimas que son su morada ordinaria.

Toda preparación a la acción, humilde y metódica, les halla escépticos y sarcásticos. Estos expertos en "distingos" sutiles (mientras permanecen en su disciplina) se vuelven sumarios, expeditivos, aventureros, estrepitosos, en cuanto hablan de actuar.

No creen más que en los "grandes medios" y se quedan indiferentes ante el recuerdo de las innumerables catástrofes que semejante método ha costado, hasta ahora, a la causa que pretenden servir.

Sin embargo, la contradicción no es más que aparente en estos especulativos estrepitosos. Pues es normal que espíritus habituados a las cumbres tengan una visión demasiado panorámica de las exigencias variadas de la lucha social y política.

Para quien se encuentra permanentemente en los más altos grados del pensamiento todo parece marcado de ese carácter de universalidad propio de las ideas, del mundo de las esencias.

De ahí la reacción del puro intelectual, que choca con el "maquis" de las modalidades, de los obstáculos, de las dificultades, en los que el humilde detalle constituye, sin embargo, el universo de la acción concreta. Reacción de un gigante frenado por una zarza. Reacción de impaciencia, de violencia, de fuerza bruta.

Tendencia a reducir la acción a algunas operaciones prontas y simplistas... "Basta con... No hay más que... Intentar un acto de fuerza. Conquistar el poder..."

¿No hemos nosotros, desde hace treinta años, conocido esto? Manifestaciones en las calles... motines... algaradas... organizaciones secretas... depósitos de armas... "encapuchados" (*ca-gowle*)... sueños de una francmasonería blanca"...

La violencia reforzada, si fuera menester, por alguna organización secreta, es para muchos la única forma de acción eficaz.

### **El recurso a la fuerza.**

Lejos de nosotros, sin embargo, la intención de pretender que sea ilegítimo todo recurso a la fuerza.

Dos casos recientes pueden ser evocados:

El de Pío XI, quien, enviando prontamente un nuncio a Burgos, no temió legitimar la reconquista de su patria por los ejércitos católicos y "nacionalistas" españoles.

El de Pío XII, quien, sin dilación, se puso a animar el estallido heroico de la insurrección húngara.

Es, pues, claro que una acción violenta, hasta militar, no se puede considerar ilegítima en sí misma.

Aparte las dificultades prudenciales temibles de su empleo, interesa, solamente, percatarse bien que para que sea fecunda, rica en resultados duraderos, esta forma de acción precisa de un cuerpo social en un estado de salud suficiente. Porque la violencia, como tal, no es curativa. Puede, ciertamente, librar de un parásito nocivo a un cuerpo social (recién amenazado o tocado superficialmente). Pero nunca ha bastado ni bastará POR SÍ SOLA para devolver la salud (entiéndase el orden, o mejor aún, la voluntad del verdadero orden) a una comunidad social profundamente contaminada por la Revolución.

La España de 1936 pudo ser salvada por un golpe de fuerza gracias a que no estaba más que muy superficialmente penetrada por el espíritu revolucionario. Su catolicismo era suficientemente fuerte. Plena y entera la conciencia de su vocación, de su "ser" histórico.

Pero cuando, en sus capas profundas, un país ha tomado gusto a las mentiras de que muere, es vano imaginar que se le pueda salvar gracias a un golpe de fuerza, incluso triunfante.

Es menester más que esto. Lo cual es, por desgracia, más largo y más difícil (1).

---

(1) En cuanto al empleo de ciertos procedimientos llamados revolucionarios, puede acontecer que se puedan conseguir ventajas de algunas fórmulas en las que la Revolución descuella (como, por ejemplo, disciplina y conducción de la guerra en las calles, organización de una manifestación de masas..., etc...). Pero fuera de que estos procedimientos no tienen nada de esencialmente revolucionarios, es claro que, aun en la hipótesis de su pleno éxito, una verdadera restauración de orden político y social sobrepasa sus posibilidades. Y ¿cuántas acciones políticas, al comienzo victoriosas, no dejaron de conocer un fracaso final? Y es que al comienzo algunas "recetas" reputadas como insurreccionales pueden bastar. Porque este período es el de las negaciones, el período en que "se está en contra"... de lo que se piensa mejorar. Todo se complica al día

Como ha dicho Blanc de Saint-Bonnet: “¿Qué es lo que se espera restablecer políticamente, si previamente no se ha restablecido por medio de la educación una idea justa del hombre? Una vez más se multiplicarán las bayonetas para reemplazar a la razón. Pero, ¿qué sucederá si los que hablan con las bayonetas no son razonables? La sociedad se hundirá a pesar de las bayonetas.”

¡Lo cual no es una condenación de las bayonetas! Quiere decir que la fuerza sola no puede asegurar un éxito completo si no está envuelta, sostenida por una acción más amplia, más específicamente curativa.

Esta acción sólo puede ser obra de una minoría.

Pues aunque la mayoría de los franceses, en 1789, continuaba siendo católica y monárquica, no por eso dejó de proscribirse la religión y derrocarse la monarquía, por causa de ser amorfa esa mayoría. El jefe, la aristocracia, el clero, el mundo de los salones, los que daban el tono, los que dirigían los espíritus, habían sido si no ganados por las nuevas ideas, al menos muy quebrantados por ellas.

Ahora bien, cuando, por haberlo perdido sus *élites*, una sociedad pierde el sentido de lo que es, de lo que debiera defender, sus propias armas se le caen de las manos. Nadie se bate como es debido cuando no se está seguro de su derecho, o se está realmente demasiado solo “con su idea”. Y si se combate en esas condiciones ya no es para vencer, es a la desesperada, para defenderse tratanto de vender lo más caro posible su piel.

En otras palabras, si no se ha hecho un determinado trabajo en los espíritus con el fin de ayudar, sostener, prolongar el combate de las armas, es imposible un éxito pleno, suficiente y duradero. Se acaba perdiendo a las doce y cinco el poder que se había conquistado a las doce en punto. Porque sólo le sos-

---

siguiente de estas pretendidas victorias de la fuerza. Pronto se percibe que no se ha sido poderoso más que para destruir, y que se halla paralizado en el momento en que, se piensa, el éxito (?) debería facilitar-lo todo.

tiene la fuerza bruta, y así es tan moralmente como psicológicamente imposible a un Poder sostenerse largo tiempo y solamente de esta forma. La misma Revolución, que por principio no tiene ningún escrúpulo en emplear el terror, sabe muy bien que éste no puede ser un procedimiento normal de gobierno. Por ello moviliza todos sus medios de formación, de propaganda y de información intelectual para atraerse en su provecho al conjunto de las almas.

Pero no se puede negar que el reclutamiento es más fácil para una acción violenta. Porque las energías están siempre prestas tan pronto como las pasiones hallan un alimento en lo que se les ofrece. Mientras que para trabajar, estudiar, actuar en el silencio y la paciencia, humildemente, penosamente, el número de voluntarios es irrisorio.

Son innumerables los casos de aquellos que han estado y estarían todavía prestos a dejarse matar por la patria en combates heroicos, pero que no llegan a mover un dedo para defenderla un poco cada día en el plano cívico contra las fuerzas internas de disgregación.

Lo que le hacía decir a Bonald que la "firmeza que proviene de los principios es más firme que la que proviene del temperamento y del carácter".

### **Aparatos secretos.**

La violencia, reforzada si es menester por algún aparato secreto, tales son para muchos, como hemos dicho, las únicas formas de acción eficaz.

Queda por examinar el segundo miembro de esta tentación. Potencia del secreto...

¿No procede así la Masonería cubriéndose bajo el secreto?

De ahí el reflejo, bastante frecuente, de pensar en la creación de alguna "francmasonería blanca" o fórmula análoga.

La respuesta es tanto más fácil cuanto que la podemos obtener de un especialista en estas cuestiones, autor de un libro:

*Las infiltraciones masónicas en la Iglesia...* (2), el Abate E. Barbier.

"La tentación de recurrir a organizaciones secretas, escribe, sean religiosas, ya sean políticas y religiosas a la vez, puede ser grande en los espíritus activos e inquietos durante las épocas de desorganización social y de opresión jacobina, en las que la libertad del bien está obstaculizada de mil maneras y en las que las potencias exteriores están coligadas para arruinar toda reacción saludable.

"Sin embargo, y aun entonces, el principio de toda acción católica permanece invariable: la de actuar a plena luz. Lo demás es ilusión. Por lo demás ahí están los hechos que se encargan de enseñarnos cómo quedan cogidos en sus propias redes. Nada mejor para probar ese peligro como observar el ejemplo de lo que ocurre en el mundo anglo-americano, en que pululan asociaciones de ese género bajo forma de sociedades filantrópicas o de ayuda mutua...

"Lo que es sorprendente es que haya católicos que no sólo excusan, sino que aplauden tentativas de esta especie...

"Sin más discusión, invocaremos el argumento definitivo para el creyente sincero: el de la autoridad de la Santa Iglesia. Y para ello nos limitaremos a recordar algunos documentos emanados de la Sante Sede, en los que la cuestión queda zanjada de raíz, ya que atañen al principio mismo de la sociedad secreta.

"Una declaración de la Sagrada Penitenciaría, fechada en 21 de septiembre de 1830, fija la extensión de las Bulas pontificias dictadas contra las sociedades de esta clase. Dispone que: "Las "asociaciones que profesen no atentar contra la religión o contra "el Estado, pero que, no obstante, formen una sociedad oculta, "confirmada por juramento, están comprendidas en estas Bulas."

"Una instrucción del Santo Oficio dirigida a los obispos el 18 de mayo de 1884 dice: además de estas sociedades (la francmasonería y las sociedades anticatólicas) hay otras sectas prohibidas y que se deben evitar bajo pena de falta grave, entre las

---

(2) Desclee de Brower, edic. (1910), pág. 249.

cuales hay que incluir, sobre todo, a aquellas que exijan de sus adeptos un secreto, que no puedan revelar a nadie, y una obediencia absoluta a jefes ocultos.”

\* \* \*

Algunas precisiones, sin embargo, se imponen aquí.

Debe entenderse, en efecto, que esos decretos se refieren únicamente a las sociedades que se consideran NORMALMENTE secretas. La clandestinidad fortuita, a la que pueden verse arrastradas ciertas empresas en caso de persecución, no cae bajo el golpe de las condenas que se acaban de leer. Porque el secreto no es más que accidental, debido a las circunstancias.

Tal era el caso de la Iglesia naciente, obligada a enterrarse en las catacumbas. No era ni quería ser esencialmente secreta. Sólo lo era por efecto de las circunstancias: *per accidens*. Igual es el caso de los que durante la Revolución organizaban refugios para los sacerdotes refractarios. Como el de los cristianos de hoy en China, o tras el telón de acero... Como el de los que “bajo la ocupación” procuraban salvar a los judíos, etc.

El mero hecho de pertenecer a una organización, sin que los terceros puedan conocer normalmente esta pertenencia, no significa que la sociedad sea, por eso sólo, “secreta”. Como sucede con ciertos “institutos seculares”. Religiosos o religiosas en el mundo, se dice a veces. Asociaciones discretas, más que secretas. El hecho de no exhibirse y de no andar de uniforme es difícil de tomarlo como prueba de secreto.

Sólo están contempladas y castigadas por la Iglesia las organizaciones que normalmente tratan de ocultar a las autoridades legítimas lo esencial de sus actividades, el nombre de sus jefes o de sus miembros.

No hace falta esforzarse mucho para comprender, por otra parte, hasta dónde el espíritu de este género de organización es inconciliable con las exigencias ordinarias de la moral natural y cristiana. El secreto, que sirve de ley al sistema, no puede dejar de conceder una especie de primacía a un especial



gusto por la intriga, la doblez y el engaño. O, al menos, al disimulo. La restricción de conciencia sistemática, la habilidad artificiosa del lenguaje, llegan a ser en ellas como un deber de estado. Siempre se está bajo la tentación próxima de recurrir a procedimientos o contactos cuya calidad adolece de ser tanto menos probada cuanto más se la sabe velar por el secreto, al que el propio estilo de esta acción predispone. Se vuelve uno poco mirado en cuanto a los medios. La conciencia tiende a embotarse.

Basta el sentido común para sugerir que si los "hijos de la luz", so pretexto de actuar más eficazmente, buscan los caminos subterráneos y secretos, se encontrarán fatalmente, algún día, totalmente al lado de los hijos de las tinieblas, con el peligro de ser extraviados por ellos en un laberinto, cuyos secretos conocen mucho mejor que nosotros.

Todo el mundo sabe, además, con qué destreza, esbirros y "truanes" descuellan en infiltrarse en las organizaciones secretas. Como nos decía un día un inspector de policía: "estoy tanto más persuadido que vuestro trabajo no está constituido en sociedad secreta, cuanto que confieso no saber bien lo que ustedes hacen. Si fuesen una sociedad secreta os conoceríamos mucho mejor. Porque es en este tipo de organización donde penetramos mejor".